

Hasta los huesos

To the bone

Euge Murillo

Suplementos *Soy y Las12 de Página12*

Integrante de Colectivos Serigrafistas Queer y Fútbol Militante

Nos encontramos en el velorio de Alejandra. Mi novia entre 2013 y 2016 y la de ella de 2014 a 2018. Decir el nombre completo era su condición y la forma de someter al resto a una orden.

En 2015 fuimos las tres un eslabón fundido en un material que se propagaba en el caos, un enlace entre el dolor y el goce que nos excitaba en algo que, a la distancia, me cuesta creer que fue parte de este mundo. Como también me cuesta creer que Alejandra se haya muerto.

Aterricé en Buenos Aires a las 8 de la mañana, el cielo estaba descompuesto, con un dolor muy fuerte en el centro y un gris espeso alrededor.. El taxi me dejó en la puerta del hotel, la habitación en un piso 20 sostuvo la manera de mirar la ciudad desde arriba. La observé como un fantasma sobrevolando las ruinas, acercándome a alguna esquina en donde los recuerdos felices piden ser exhumados. Mi tiempo en esta ciudad es como un coloso, no llega a ser parte de la vida pero no tiene lo suficiente para pertenecer a la muerte.

Su risa me sacó de la escena en la que estaba mientras la esperaba. Porque a mí me importaba más encontrarme con ella que despedirme de Alejandra. Su forma de hablar, de reír, sus lentes oscuros, el tambaleo constante. Se bajó los anteojos, le vi el borde de los ojos hinchados y el brillo de esa superficie que podría quebrarse en cualquier momento para transformarse en una o dos lágrimas, no más.

Había imaginado el velorio durante el vuelo y varios días atrás, incluso sin tener la certeza de que ella estuviera y sin saber que iba a ocurrir en la casa de Ingeniero Maschwitz. Tampoco sabía si estaba viviendo en Buenos Aires, si quería despedir a Alejandra o encontrarse conmigo, como si las dos posibilidades fueran parte de una misma coreografía. Yo levantándome de mi cama en un país lejano. Ella leyendo un libro de poemas como si fuera un diario matutino y Alejandra dando por perdida la batalla con una enfermedad que dejó atrás noches de intenso placer.

Me abrazó y mudamos nuestras pieles a años atrás. Cuando la conocí era la nueva amante de Alejandra. Una cocinera encantadora con los dedos morrudos y siempre tajeados

de heridas superficiales. No usaba corpiño y le gustaba andar en bombacha, unas bien chiquitas por las que se le salían los pelos rubios de los costados. Se había quedado sin trabajo así que estaba instalada en la casa que Alejandra había heredado de su abuela materna, un caserón con un jardín lleno de espinillos, romero y menta.

Yo me quedaba tres o cuatro días a la semana, ella preparaba comidas exquisitas y Alejandra nos tenía a las dos en su casa, entre sus colecciones de libros sobre iglesias góticas y la fascinación por el cuidado del jardín. Entre esos paisajes se movía, la mayoría de las veces con un maquillaje que le duraba días hasta que se bañaba por horas. Como si quisiera acumular la mugre en su cuerpo tan corroído.

En esa época ellas compartían intempestivos ataques de llanto, fue un tiempo complicado. Yo encontraba en esa casa una distancia con mis problemas cotidianos, pero no podía llorar a la par de ellas dos, prefería estar en otra habitación y saber que estaban ahí. Sus lágrimas me excitaban, la fragilidad y la rotura nos convocaban a pasar algunas noches sin dormir.

Esas noches, Alejandra nos pedía que la atáramos y que nos ocupáramos de que no pudiera moverse. Con el tiempo practicamos y mejoramos las técnicas, usábamos sogas, yo aprendí a hacer nudos mirando videos en internet. Me obsesionaba poner pausa, mirar la soga y volver sobre el procedimiento. Algunos videos estaban muy mal grabados y otros eran demasiado meticulosos en las explicaciones. Cuando llegaba el momento de atar a Alejandra y yo venía con saberes acumulados en el tiempo que no habíamos estado juntas, las dos me prestaban mucha atención. Al principio me ponía nerviosa, pero a medida que les iba mostrando, confiaba más.

Durante el último mes que fui a la casona en Maschwitz, Alejandra prefería que hiciéramos otras cosas. Nos pedía que nos arrastremos por la habitación desnudas y en cuatro. Se acostaba en un rincón del cuarto, nos hacía lamer su entrepierna, una de cada lado. Éramos sus perras, nos desquiciábamos y ella, con la fusta en la mano, nos hacía poner las tetas contra el piso frío que tomaba temperatura con nuestros cuerpos calientes. A mí se me formaban moretones enseguida y la veía apretar los dientes, montarse en mi lomo y decirme cosas humillantes. Cada vez quería más, quería que nos hiciera lo mismo a las dos. Quería ver a la otra perra y sentir su olor.

Después, Alejandra se quedaba un rato largo en el baño y nosotras una encima de la otra, en un descanso que nos desinflamaba los clítoris.

Pero a principios de 2016, el olor a menta y las tristezas me ponían de mal humor, nos aburrimos de esas noches largas, de acostarnos cada vez sobre una fantasía distinta. De llorar y mirarnos, del dolor y del amor.

No sé cuánto tiempo estuvimos abrazadas en el velorio, yo tenía los ojos hinchados, un pinchazo de rama de espinillo en la garganta y muchísimas ganas de decirle que nos fuéramos de ahí lo más pronto posible. Al hotel, a lamernos las heridas y a despedirla. Pero no me animé y estuve en ese lugar el tiempo que duró el abrazo con ella.

Fecha de recepción: 4 de mayo de 2023

Fecha de aceptación: 31 de mayo de 2023

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

